



CARTAS RIOBAMBENSES

Eugenio de Santa Cruz y Espejo

Cartas Riobambenses
Eugenio de Santa Cruz y Espejo

*Digitalizado por Fernando Mayorga**

Carta Primera

Muy Señora nuestra y de toda nuestra atención y respeto: En vista de la esquila con que Vuesa Merced nos favorece, asegurámosla, certísimamente, que nuestro ánimo, en su causa escandalosa, no ha sido traerla á consideración, tener parte en ella, ni provocar a quien, se la ha suscitado, á que diga, haga o intente denigrar su claro honor. Nos contentamos con lo bien que dice la fama común de la conducta de Vuesa Merced. De donde se ha de dignar Vuesa Merced quitar al caballero Conde de Casa Blanca y al Señor Don Juan Pérez y Covarrubias cualquiera impresión que nos sea desventajosa, y ponernos ante sí, con el mayor acatamiento, bajo de su soberano auspicio; porque ¿qué sería de nosotros si incurriésemos en su augusta pero temible indignación? Nos postramos ante su Señoría, y con el mayor encarecimiento deseamos inclinar su ánimo excelso y generoso a la protección de estos miserables curas, que esperan por medio de Vuesa Merced alcanzarla, y ser después –Sus muy agraciados y atentísimos capellanes, que besan sus pies. –N. N. N. &. –Post data. –Habíamos insensatamente olvidado decir, que aplaudimos con públicos encomios la gran modestia del Señor Don Juan. Vuesa Merced signifíquele esta persuasión en que vivimos, y con que somos sus servidores. –Con la respuesta antecedente he quedado muy satisfecha, y gustosa de que haya en Quito quien baje el copete á estos *omnipotentes*, á estos potentadillos, á estos avaros atesoradotes del dinero de todo este mundo, y de que confiesen en monumentos públicos la virtud que te asiste, en sumo grado, de la amble modestia. Parece que todos te la conocen en Quito, cuando como madre de los sacerdotes, como padrastro de los curas, como superior de toda la gente noble, como maestro de las niñas, como instructor de los jóvenes, como literato, y sobre todo, como mi Juan *Papeles*, traes a tu boca los nombres de todos, con impersonalidad, y les tratas con familiar llaneza, de *tú* por *tú*, y con el desprecio con que tuteaba el lego de la historia de Fray Gerundio. Tu modestia te pone en estado de hablar con satisfacción, de partir con valentía, de tratar con tono elevado a las personas, de dar a entender que sabes lo que nadie, y de tener un gusto muy delicado en tus nobles pensamientos. Siendo esta tu modestia, me inclino yo misma ante tu presencia modestísima, y en vez de rogar ahora por mi patrocinio, te suplico por el de los curas, una vez que estos infelices, humillados ya, imploran tu favor, y reconocen la generosidad de tu brío. Hazlo así, mi *Papeles*, por la fe de Vargas, por la esperanza de Cabrera, por la caridad de Cepeda, y por la castidad de tu Manuela.

* Transcrito de: Concejo Municipal de Quito. (1912): “**Escritos del doctor Francisco Javier Eugenio Santa Cruz y Espejo**” Tomo primero. Quito, Imprenta Municipal.

Carta Segunda

Sobre la nobleza del pensamiento

Señor Don Juan Pérez y Covarrubias. —Riobamba y Marzo veintiuno de mil setecientos ochenta y siete, —Muy Señor mío, y depositario fidelísimo de mis confianzas: Confieso que no soy entendida, como Vuesa Merced me pinta. Cuando menos, conozco que soy mujer y que cualquiera cosa que veo me hace impresión. Había leído su carta de Vuesa Merced, y con el gusto de su lectura perdí mi estilo, y contraí un si es no es del suyo. Lo peor fue que aun le robé la entradilla de su carta. Se me antoja que debía decir: *Recibí la de Vuesa Merced, y hallo por ella que hay virtudes en el mundo*. Pero mi fortuna fue imitar á Vuesa Merced, y tenerle por mi modelo de estilo: tan susceptible soy del que se me quiera pegar. Así fue que empecé mi respuesta con un galano *Cuando recibí la de Vuesa Merced: sirva de disculpa mi susceptibilidad*. Vengo ahora á seguir mi contestación. —Cuando me pidió Vuesa Merced que le hiciese el honor de depositar en Vuesa Merced mi confianza para la defensa de mi buen nombre, en la causa escandalosa que se me está formando, creyó Vuesa Merced que hacía mi oficio digno de un hombre que sólo piensa noblemente. Debía Vuesa Merced, Señor mío, pensar y creer así. Piensen los vulgares, vulgarmente, y los ruines con ruindad. Pero un hombre como Vuesa Merced, de su alta calidad, de su nacimiento ilustre y distinguido, cómo ha de pensar sino con nobleza. Dejemos por un momento la de su sangre; porque dice el adagio, que cada uno es hijo de sus obras, y demos una sola ojeada á la de su pensamiento. Nadie puede dudar, Señor don Juan, que lo tiene Vuesa Merced noble hasta lo mas. Si venimos á dar en el origen, él debía ser noble en el espíritu de sus bisabuelos, de sus padres y de sus tíos. Para no cansar, sólo debía acordarme de estos últimos, y en verdad que el Reverendo Padre Maestro, su tío tuvo los más nobles pensamientos singularidad en sus ideas, entusiasmo en sus palabras, armonía en sus canciones, pasiones en sus poesías, cadencia en sus afectos, y en fin, nobleza en su cátedra y en su pulpito. No puede Vuesa Merced negar que sea su legítimo sobrino. Lo es mucho más, si puede ser más, del Señor Doctor, Cura que fue de la Magdalena. Tampoco quiero acordarme de su mérito; porque ¿cuál sería el de este caballero si es tan grande el de su primo de Vuesa Merced, Don Fermín? Este hijo venturoso de su padre y de su madre, hace correr su nombre por toda la provincia. El sabe de filosofía, sin haber abierto un vade; de latinidad, sin pensar en las declinaciones de los nombres; de teología, matemáticas, y todas las ciencias, sin el trabajo de estudiarlas; de donde es y se llama el famoso literato, como nuestro Don Fermín. Le hace ventajas en todo lo que es espíritu; pero (hablemos la verdad) Vuesa Merced se las hace mayores por la parte del corazón, quiero decir, no tiene bajeza de ánimo, sino generosidad del brío; y sabe Vuesa Merced advertir al enemigo los golpes que se le prepara para no herirle desprevenido. Tonta yo, y plebeya de entendimiento, si pensara de otra manera. Hablando por los mandamientos Vuesa Merced es guaparrandón literato, y Fermín es cobarde literato. Vuesa Merced águila literata, y el otro gallina literata. Mi amigo, verdaderamente el león literato; el primo de mi amigo, el conejo literato. Supongo yo que en este brío de Vuesa Merced se halla la nobleza del pensamiento, y Vuesa Merced la muestra cuando habla y escribe; porque Fermín, desde luego, siendo tan *literato*, habla, con poca diferencia, como Vuesa Merced mismo; pero eso de escribir tan cultamente se lo dejó á solo Vuesa Merced, porque es *un oficio digno de un hombre que sola piensa noblemente*. Inclina yo también, como hija de Don Pedro Monteverde, á la literatura, me muero por los literatos; así Vuesa Merced me merece, y debe mil muertes chiquitas. Con todo eso, Fermín el literato me debe

poco; siendo así, que á él nadie le iguala y aun sólo Vuesa Merced se le aparenta por la literatura. El misterio consiste, Don Juan mío, en que nuestro sexo se inclina más al brío literario: nos morimos por los guapos, y así, á un hombre que enristre con vigor la lanza, que tome una cuerda y la ponga con destreza sobre la media luna eclipsada de un toro, que sea membrudo, ancho de espaldas, fuerte de bigotes, esforzado de ojos, tieso al andar, más tieso al escupir, bien nutrido con cecina, entre montañés y castellano viejo, y que piense noblemente, á uno de éstos, digo, le meto en lo más íntimo de mis entrañas, quiérole como á mí misma, peno, lloro y muero por él. Este brío del cuerpo me parece otra casta de profunda literatura, otra especie de matemáticas; y si me es lícito decir así, parece que en este brío encuentro lo que los sabios no hallaron, esto es, la cuadratura del círculo. Si hablo con impropiedad, Vuesa Merced me perdone. A mi juicio, el hablar así es *un oficio digno de una mujer que sólo piensa noblemente*. Vuelvo á Vuesa Merced mismo, y digo que conozco la nobleza de su pensamiento, y le amo tiernamente, por lo *briosito*. Nada hay en su cuerpo y en toda su alma, que no lo sea, y lo parezca. No es este el dictamen de una mujer apasionada. Todo el mundo le conoce por su brío, su noble pensamiento; brío en el pecho, para toser y retoser con brío; brío en la lengua, para hablar satisfecho, entonado, y *advirtiendo al enemigo los golpes que se le preparan para no herirle desprevenido*; brío en el gesto para mirar con generoso desdén á todos los que no guardan moderación; brío en el ingenio y en sus alcances; brío en la voluntad y en sus afectos; brío en la imaginación y en sus pinturas; brío en el corazón y en sus pasiones. Así, permítame Vuesa Merced, que le diga:

Noble pensamiento mío,
 alaba en esta ocasión
 lo brioso de mi león
 y lo noble de su brío ;
 al verte valiente río
 la guapeza del Manchego,
 y si á la tuya me apego,
 mí Don Juan el *literato*,
 nuestro muy bien que no trato
 con el hijo de algún lego.

A tu guapeza se iguala
 tu tan noble pensamiento,
 y eres tú el noble elemento
 que á la nobleza acicala.

Todo el mundo te señala
 con su dedo universal,
 y dice: desde el corral
 de la Merced sale un ente,
 que piensa tan noblemente
 y se llama Don Juan tal.

Perdóneme Vuesa Merced si la poesía está mala por la debilidad de mi talento, y sólo repúteme buena la voluntad de hacerlo bien, que con ésta, y otra más fina, en su muy apasionada servidora que besa su mano —*Madamita Monteverde*.

Carta Tercera

Sobre mi causa escandalosa

Señor, &. —Riobamba, y Marzo veintidós de mil setecientos ochenta y siete, — Amigo mío: Vamos con más llaneza cada día, A este fin se dirige el trato diario, y una mujer suele llamar hoy Juan á secas, al que ayer decía Señor Don Juan Pérez Covarrubias, muy Señor mío; sería un escándalo que yo no te trate así, supuesto que esta carta es familiar, y de mis confianzas al depositario de ellas. Díme, pues, Pérez, de mi alma, que culpa tengo en esto? Fue cuando nos vimos en cierto ocasión en Guano, no obstante tu gran brío literario, no te atrevías ni aun á saludarme, y te tocabas el sombrero desde muy lejos. No venía de falta de deseo de hablarme y de deseos. Súpelo así de las personas á quienes confiaste tus secretos; pero callabas y suspirabas. Ahora ya me escribes, ya te insinúas, ya me dices afectos, y me das prueba de tu finura y tu fineza. Díme por tu vida, será bien, ni posible que te sea ingrata? Que te trate mal? Que te empuje caño abajo? No es este el proceder de una señora, que, como tú, le lisonjeas, tiene mucho entendimiento. Amor con amor se paga. Pues esto que pasa contigo ha pasado con mi causa escandalosa. Ya se ve que en ella no debía haber escándalo, ni yo lo he dado, por la piedad de Dios. Sabes tú cómo están las cosas, y también cómo nuestros amables Cepeda y Cabrera; pero, por si las hubieses olvidado, te las recuerdo, y pido me hagas justicia. Un hombre, pues, llamado Vargas, hombre bien nacido en Pasto, porque nació de pies, hizo lo que tú: sacarse el sombrero á mi presencia, asustarse cuando me veía, hacerme mil cariños, ofrecerme sus obsequios, decirme que deposite en él mis confianzas más secretas. Hícelo así, y ya entonces él dentro de mi casa iba y venía. Para ir y venir, nos veíamos con frecuencia en Guano; paseábamos en Pungal, vimos toros en San Andrés, y nos hemos tratado con la mayor coherencia y amistad. Como en la mas bien establecida no faltan sus contratiempos, yo he tenido mis celillos, y unos pequeños, y sí puedo decirlo así, sabrosos disgustos. Con esta causa le escribí, con aquella fantasía que heredé de mi *taita* Monteverde, un papel en que le significaba mis arrepentimientos de haberme metido con él, y aun le decía que quería sacarme toda la sangre de mis venas. Todo esto, Juan mío, qué, tiene de malo, ni escandaloso? Créeme que en Riobamba todavía están las costumbres á la romana. Seriedad, honor, palabras graves, modales góticos son su encanto y su pasión. Un poco de buen humor, de trato de gentes y de sociedad; un tantico de franqueza popular, de gusto al placer, y de afición á los guapos y literatos. Un momento de pasear, de beber, de comer, de reír y de dormir alegremente, lo tienen en Riobamba por pecado, por deshonor y por causa escandalosa. Falta, falta mi Juan; el uso de las amables modas en mi país, A pesar suyo, yo, yo las he de introducir, sostener y autorizar. Pienso en esto noblemente, tengo mucho entendimiento, y puedo advertirles á mis paisanos, que esta práctica *no es bajeza del ánimo, sino generosidad del brío*; pero si los más de ellos piensan tan ruinmente, hay algunos racionales del primer orden, que piensan como tú, con nobleza. El primero eres tú mismo, Cabrera el segundo, Cepeda el tercero y el Teniente de San Andrés el cuarto. Y todos cuatro han hecho lucir ya la nobleza de su pensamiento. Pero vamos de veras: este último hace ventaja con su persona nobilísima á todos tres, y diría (si no fuese blasfemia) á todos los Carlos terceros, y va de cuento, En mi causa escandalosa, el tal Teniente de San Andrés, había tenido parte, declarando ante este Corregidor cosas de mi *vida; pintólas mal*; dijo, en fin, que yo era pecadora más que la Samaritana. Puesta esta declaración en autos, ha sido preciso que el tal Teniente la ratificase. Y qué sucede? Que se desdice altamente, y asegura con juramento que no soy delincuente; que es verdad que

Vargas y yo estuvimos en su misma casa de San Andrés á ver toros; pero que cada uno de nosotros estaba y vivía por su lado, y que ni aun nos veíamos las caras. Es tan bueno, y tan amante de la caridad el Teniente, que por guardarla, da á entender que Vargas y yo faltábamos á la que, como cristianos, nos debíamos mutuamente. En esto procedió propasado. Que dijese que no nos vió dormir juntos, vaya; porque, en efecto, yo en todas las noches de fiestas estuve desvelada y sin juicio temerario puedo decir que Vargas estaría con sus tamaños ojos muy abiertos. Qué dormición ni qué dormición entonces? Pero hacemos unos excomulgados, que no nos tratábamos, es extravagancia del buen hombre. Yo por mí confieso que hablamos, reímos, y por último nos saludamos. El tonto Teniente entiende mal nuestro sistema de bella unión: mas ¿quién ha de poder negar la nobleza de su pensamiento? Agradézcasela muy de corazón; pero ahora que lo digo, me salta la dificultad de, ¿á quién debo primaria y particularmente mis gracias? Tú, dulce y amable Juan, desátamela por tu vida; si al Teniente, ó al amable Cabrera? Juzgué al principio de mi carta, que el primero, de suyo, había hecho tan amable ratificación. Ahora sé que fue á empeño y persuasión amabilísima del muy amable Cabrera, y que este mismo ha hecho que se retractase, como correspondía á su honor, el Doctor Calvo, Cura de Licán. En este supuesto, hasta que tú me respondas he de quedar callada. Pero, qué dices? No la erró el amable Cabrera? Prevengo tu respuesta y digo que sí, en el modo, no en la sustancia. Debía, pues, haberle instruído mejor, y en manera que me hiciese honor, y también á Vargas, el tal Teniente. Paréceme que éste debería afirmar en estos términos: vi á Vargas en mi casa, hombre de bien, y á Madamita Monteverde, mujer cortés y sin melindre. Vargas de muy buena opinión toda su vida, Madamita Monteverde bien reputada desde *vida*; aquel de bigotes, ésta de barbas; tiempo de fiestas, donde todos lo sanean; dentro de una vivienda común; aquél hombre, y ésta mujer, que se saludaron, que se rieron y bebieron en una copa, ya se ve, sin desliz pecaminoso, porque yo no sé las intenciones. Esta es la verdad en descargo de que ésta debía ser su ratificación: lo demás es darme el concepto de fea y de tonta; y que á causa de mi fealdad y mí tontera, aun siendo Vargas quien es, me había visto con indiferencia y frialdad. Juan amable, tengo razón ó no la tengo? Quisiera tenerte delante para oírte la respuesta. Ella sería fina, torneada, halagüeña y con voz quebrada y amable. Sí, Señorita, dijeras, quién no ciega al resplandor de estos ojos; quién no arde en las ascuas de tu boca; quién no se derrite, derrama y perece en la ceniza caliente de la nieve de tus carnes. Esto dirías; así, pues, diga el mundo lo que quiera: más vale un pedazo de vida amable, que la de Matusalén si ha de ser seria. Fuera de que, gracias al cielo, han llegado á mi Riobamba los primeros albores de la ciencia moderna, Quito nos la despacha, y no son aquí riobambeños los que la cultivan. Los amables nuestros son forasteros: Cepeda francés y no de la provincia; Cabrera de Quito el aguado: llámole así porque es lluvioso el cielo quiteño. Vargas es de tras los montes, portugués de origen, pastuso de cuna. Pero todos ellos saben la amabilidad del trato dulce, lo practican, y nos dicen que en Europa, esto que en mí tú llamas causa escandalosa, se nombra en estos felices países, donde se piensa noblemente, causa amable de cortejo. Así, mi Juan, sí puede una niña como yo, no tan literata como tú, dar algún arbitrio que termine el pleito, te aconsejo (perdona la osadía) pongas esta excepción en el mío, y la digas de esta manera: “Juan *Papeles*, Procurador de causas pías, de confianza y amables, en la de Madamita Monteverde, la más amable que todas, á su nombre parezco y digo: que la suya es privilegiada, y no puede conocer Vueseñoria, porque es causa de cortejo. Pido y suplico se tenga por tal, se remita al juzgado que le compete, y se declare pertenecer al regio y supremo tribunal cortejante, &. Ya ves que este es un

pedimentillo de declinatoria de fuero. Pero vuelvo á pedirte perdón del atrevimiento que he tenido en dar luces á un abogado de tu fama y de tu literatura; y aun por eso fue que, desde el principio, quise que con tu nombre y apellido de *Papeles*, hicieses una alta impresión de que me defiende el *literato*, *el cual conoce lo que puede en los tribunales la inocencia oprimida, para excitar la piedad de los jueces; evitando que se sorprenda la religión de los magistrados*. Después de esto, en siendo negocio de probar este artículo y hacer un alegato completo, despliega tu inmensa erudición en esta parte; pon los cortejos de Quito, los de España, y de todo el mundo; haz una pintura cabal y, en una palabra, dí que el cortejo, no digo á un *vida* sino á muchos *vidas*, presiden, suplantán, suplen y reemplazan. El cortejo á las mujeres casadas en lugares civilizados, y que piensan con nobleza, tocan y retocan, llevan la mano á la mano, á la cara y á las caras, al bigote y á la barba, y las monta sobre el coche. Quién contradice este uso legítimo, noble y amable? Quién se asombra de esta conducta honesta, deliciosa y amable? Quién le llama causa escandalosa, y no la dice antes, causa de la humanidad amable y de la bella unión? Este es mi juicio, y parece que debe serlo de tí, *que sólo piensas noblemente*, cuando empleas tus arbitrios en obsequio de una persona que por las recomendaciones de su sexo, de su alto nacimiento y de la orfandad en que vive, es acreedora á todas las atenciones y oficios que se deben á tan urgentes motivos. Pásalo bien, y ten de hoy en adelante por tuya á tu toda sacrificada con alma y vida. —*Manuelita*.

Carta Cuarta

Sobre el tumulto contra mi bulto

Riobamba, y Marzo veintitrés de mil setecientos ochenta y siete, —Queridísimo Juan: En el asunto de la causa escandalosa, que contenía la de ayer, iba á tratar acerca de la conspiración contra mí; mas á ese tiempo no estaba harta, sino cansada. Cerré la carta, y me acosté sobre el bufete á dormir más consolada. Veía que tú me tenías bajo las alas de tu protección; qué puedo temer? Pero viniendo á mi objeto, te digo, fuera de lo que te he expuesto en otras ocasiones, que se han levantado contra mí todos los hombres, á excepción de los curas, que no me embisten. Fuera de éstos, la conspiración es universal. Debo de ser muy amable y muy hermosa, pues me persigue la fortuna por todas partes. La Habana no se tomó por los ingleses con tanto furor. Estoy sitiada, los castillos tomados, las banderas por tierra, la ciudadela ganada. No diré que me han cogido por hambre; pero rendida ya, he entregado las llaves de la ciudad al vencedor; vivo á su discreción, él triunfa y manda, abre y cierra las puertas de los almacenes, como quiere. Soy prisionera amable; mi padre esclavo fino, que procura vivir y nada más. Antes de esto, mi Juan, ¡qué guerra tan viva y varia ha sostenido mi valor! Entonces sí dejé muchos cañones abolidos, muertos en el campo, y heridos en el hospital. ¿Qué dices, amable mío, te ríes ó te lastimas de mi trabajo? Este último afecto espero de tí, que aun con los extraños ejercitas tu compasión, *y quieres que sepan los que no le conocen, que aprendiste desde muy niño la máxima de ser propio de un cristiano quitarle á un furioso la espada con que intenta despedazarse.* Qué cosas no harás conmigo? Mas si sabes el modo con que perfeccionan estos malvados la conspiración, pudiera ser que te movieras á risa. Vienen con machetes, con pistolas descargadas, con llaves de escopeta, con badajos de campanas, con asadores quemados, con munición en la bolsa, pólvora en el cartucho, bala en el bolsillo, picos y picas. Yo no he muerto hasta aquí? Puedo decir que es milagro. No puedes dudar que sea, cuando sepas que los conspirados y agresores son unos barbados, que me debían estar sujetos. Estos debían ser unos vasallos obedientes á mi hermosura, obsequiosos á mi sexo, adictos á mis costumbres. Pero al contrario, ellos son unos ingleses que entran á sangre y fuego, y rompiendo las murallas, me asestan, me afligen y me niegan la obediencia. Después de todo, no puedo nombrarte en ésta á esos insolentes. Cabrera me dijo que en la suya te los había nombrado, dado señas, de su condición, y mostrándotelos con su dedo luminoso. Yo, para decir verdad, no puedo decirte quienes son los conspirados; bien que el levantamiento se ha hecho al medio día, cuando el sol estuvo muy claro y cuando yo tenía mis ojos muy abiertos. Ello, mi susto ha sido grave al sentir la rebelión, y tan grave, que me parece á veces que la he soñado, y que sólo ha sido ella uno de estos terrores funestos que forma en las tinieblas del sueño una imaginación asustada y conmovida por los humos que envía á la cabeza un vientre lleno del vino y de sus heces. Por vida mía, que ya he entrado en la duda, y aun me convenzo de esta última opinión. Ahora, pues, dime, Juan amable, quiénes son estos desatentos á mi honor, y conspirados contra el? No entiendo esta conspiración; porque no he dado motivo para experimentarla. No tengo enemigos; y aun creo de buena fe, que, una mujer, si se entrega á todos y ellos lo saben, no los tiene; que si á ninguno se da, mucho menos. Pero una señorita amable, de mis prendas, y sin hiel, no puede tenerlos ni experimentarlos. Hablo en juicio, Juan mío? La conspiración puede ser, si la hay, contra algún macho, no contra alguna hembra; contra alguno que tenga talentos sublimes, que sea abundante de riquezas, que haya irritado con su bella pluma á, algún gremio; pero no contra mí, que apenas ahora, para escribirte, parece

que te manifiesto el talento de hacer cartas. Los informantes, los papelistas, los abogados, los doctos, los literatos como tú, padecen las conspiraciones. Con todo eso, pues que tú me escribes que hay alguna que se ha formado contra mí, créote la noticia, y quejándome de mi fortuna, veo que puede mejorarse por los cuidados de mi Juan, de quien es apasionada en sumo grado su Manuelita.

Erebo la cabeza me oprimía
en el abismo de un fatal reposo,
é invirtiendo mi noble fantasía
me hizo ver de una guerra lo horroroso.

Sentí pues su horrible carnicería
en el hielo de un corazón medroso:
desperté á este tiempo por maravilla
y ví, pues, que todo era pesadilla.

Carta Quinta

Sobre los cuidados de mi Juan Pérez.

Riobamba, y Marzo veinticuatro de mil setecientos ochenta y siete. —Amable Juan mío: La cuaresma, los ayunos y el aprecio que en cada instante se me aumenta de tu persona, no me han permitido pasar muy buena noche. Fue prolijo mi desvelo, y la aurora tocaba ya á las puertas de mis ojos, cuando ellos empezaban recién á entrecerrarse. Doy por apreciables mis vigili­as como tú tengas parte en sus nobles pensamientos. En fin, yo te traté en ellos con nobleza, en premio de tus cuidados. Los que tienes, me dicen nuestros amables Vargas y Cabrera, que son innumerables; y todos, ó los más de pluma. Según yo concibo, é­llos son del mayor peso, y capaces de ser evacuados *por un hombre como tú que sólo piensa noblemente*. Voyte á descubrir mis imaginaciones apoyadas en algunos pasajes de un bello papel que he visto aquí, intitulado «Historia literaria, vida y hechos literarios de Juan el literato». Me alegro de que te honren por tu mérito, con escritos públicos. En el que he visto, se dice que el primer cuidado nobilísimo del que ya vas saliendo, ha sido dar á tu bella madre la idea ventajosa de tus quehaceres, de que vales mucho y de que eres persona. Madamita Ignacia está llena de gloria de verte tan gran hombre, y me aseguran que todas las mañanas, antes de hacerte dar el chocolate te bendice de esta manera:

Ay, mi Pérez, hijo mío,
dichosa yo que te tuve
de un padre, cuya locura,
te ha de dar el mayor lustre.

El segundo cuidado es almorzar brevemente de pie parado y con la mayor prisa, dando, de cuando en cuando, algunos ligeros regaños. Acabado el chocolate, llega el tercer cuidado: este es de leer algún ligero rasgo de algún librito de algún papel volante, o escribir un par de cartas. Entre tanto, tenemos cerca de las nueve; y están los hombres entonces con el prurito de ampararse del copete colorado. Un polvo de tabaco en la puerta de la calle; un toser eficaz, al tiempo de salir; un fregar las manos á la mitad de la calle; un caminar breve y á todo trote, pensando á dónde vas primero, es tu cuarto cuidado. El quinto es ir á casa de Madamita tal, y de Madamita cual, desplegar tu lengua en una inagotable charlatanería, al mismo paso galante que erudita, de las vidas de todas las de Quito, y de todos los señoritos quiteños. Entonces es que te *lisonjeas más que nunca dé haberte dedicado, sin embargo de tus bellísimas fuerzas, á un cuidado que no puede mirar con indiferencia el que no esté sacrificado á las pasiones más desordenadas*. El sexto es amparar á mujeres oprimidas, como sean nobles; y, aun cuando no las conozcas, pedir, como procurador de causas amables, que «te hiciesen el honor de depositar en tí su confianza, para, la defensa de su buen nombre; creyendo que hacías un oficio digno de un hombre que sólo piensa noblemente, cuando emplea sus arbitrios en obsequio de unas personas que, por las recomendaciones de su sexo, de su alto nacimiento y de la orfandad en que viven, son acreedoras á todas las atenciones y oficios que se deben á tan urgentes motivos». El séptimo de tus cuidados se dice que es visitar á algunos abogados, ofrecer enseñarles á traducir libros franceses, llevarles algunos de tu gusto, entrar así en sus confianzas, sondearles bien sus alcances y talentos, y decir en el público cómo les tienes á tu enseñanza, formándoles en el sér de la literatura. Así, todos los que vivieron ó nacieron en Popayán, son tus discípulos, á quienes les has puesto la cartilla del buen gusto en la mano. El octavo es la

perpetua oficiosidad con que desde luego desempeñas los encargos de tus amigos: de manera que tú has nacido para servir á hombres y mujeres, á los particulares y al común, con tu genial actividad y exactitud. El noveno es vivir cazando noticias literarias, buscar manuscritos, desenterrar mamotretos, copiar antigüedades; de manera que, por estas dos últimas cualidades y estos bellísimos cuidados tuyos, te puso el honorífico nombre de *Juan Papeles* nuestro vivísimo Perote Unda, tan diestro en bautizar á las gentes con nombres adecuados y propísimos. Iba á trasladar de la historia literaria a todos tus cuidados, para hacerte un completo elogio; pero veo que me he excedido en lo que he copiado, y que, á seguir en la copia, no haría una carta, sino un folleto. A este paso, mi pluma se haría poco amable, y por mejor decir, insípida. Voy á volverla amena, haciéndote memoria de unas coplas que hiciste en Guano, y me cantaste tan dulcemente:

Nobles, honrados y serios
cuidados de mil á mil,
me circundan, porqué es vasta
la carrera que emprendí.

Letras, amor, rendimientos,
libros, papeles, y á tí
mis sacrificios perennes
son empeños de un feliz.

Amistades cultivadas de
la nobleza gentil
de este Reino, son mi encanto,
para decir que vencí.

Atrevimientos ilustres
con gana de conseguir
noble fama, gloria suma,
al fin, son mi dulce fin.

La noble literatura,
la carrera mercantil,
los empeños de la agencia,
los cargos que fian de mí;

Todo aquesto, y mucho más,
son mis cuidados: así
con todos, mi Madamita,
quiero adorarte y servir.

Yo estoy satisfecha de ellos; ya te he confiado mis secretos; ya sé que eres jurista, aunque sin las formalidades del derecho; ya agradezco tus cuidados, y es toda tuya la que sabes.

Carta Sexta

Sobre las pasiones bien ordenadas de mi Juan.

Riobamba, y Marzo veinticinco de mil setecientos ochenta y siete. — Juanito amado: Te estarás riendo de mi humorada de escribirte tantas cartas. También me río yo de haberla tenido en tiempo tan santo. Pero no era dable que yo la pudiese detener con peligro de mi vida. Sabe, mi precioso Juan, que las mujeres reventamos si algo se nos queda adentro. Pero lo hecho, hecho, y vamos adelante. Creo, pues, que estos ímpetus de la naturaleza, llamabas tú, á lo filósofo, pasiones naturales. Si hemos de hablar bajo de este conocimiento, ya sé que tú tienes muy ordenadas las tuyas. Cóleras racionales á su tiempo, sueño por la noche, vigiliás en el día; gana de comer, ni urgente, ni muy parco ni voraz; afectos corteses y nobles; apetitos de la carne sin bajeza; pensamientos sublimes y levantados hacia personas y objetos nada vulgares; en fin, el gozo, la tristeza, la filosofía, el estudio, el cortejo y todas tus pasiones van en compás y á torno; son redondas como un globo, cuadradas como un dado y ordenadas como ellas solas. Por eso obras bien, oportunamente y con acierto. ¿Quién puede decir lo contrario? Por eso es que, siendo negocio mío y de mi sexo, te mueres por él; solo *piensas noblemente te dedicas á un cuidado que no puede mirar con indiferencia el que no esté sacrificado á las pasiones más desordenadas*. Estos paisanos, al contrario de ti, las tienen pésimas, mal conducidas, y en una palabra, las más desordenadas. La que más domina á algunos de ellos es la suma alegría, de manera que algún día, pienso han de quedar muertos repentinamente de risa. Lo peor es que los bellacos se ríen de ti, te tienen en nada, y cantan públicamente con la pasión más desordenada lo que se sigue, y has de leer:

Novel golondrina, ¿á dónde
vuelas, ciega, de tu nido,
sin advertir que en la esfera
hay también sus precipicios?

¿Por qué, siendo pajarraco
que al sol .sus luces no ha visto,
ser quieres águila real,
sólo porque tienes pico?

¿Por qué, por qué, golondrina
le vaticinas prodigios,
tú que, en vez de canto,
tienes un muy molesto silbido?

¿Ha de ser lo muy parlero
ese mérito exquisito
que te sirva de aura dulce,
á dar en la esfera un giro?

O al contrario, ¿no ha ser
lo parlero aquel motivo
por quien el mundo conozca
que es mayor tu voz que el tino?

Luego, novel golondrina,
evita nuevos peligros
sin nuevo canto ni vuelo,
si naciste pajarillo.

En efecto, no he visto gentes que más retocen y rían. Ellas se dan de palmadas en la frente, mueven sin término la cabeza, las carcajadas parece que jamás lo han de tener. Pasiones tan desordenadas como estas no sé cómo acabarán. Sólo sé que pueden volverse locos de puro reír. Conozco que esta es su pasión dominante. Otras, ó no tengo presentes, ó no puedo ver. Las tuyas sí que están bien adornadas; y sacrificado tú á ellas, no dudo que será con más nobleza, á los que tengan corona. Por tu vida y por tus pasiones bien ordenadas, ten presente y cuenta por tuya á la misma.

Carta Séptima

Sobre lo que se va á leer.

Riobamba, y Marzo veintiséis de mil setecientos ochenta y siete. — Mí muy amado Juan Pérez: En valde había yo hecho un juicio temerario. Consentí, pues, en que nuestros enemigos conspirados sólo, tenían pasiones desordenadas. Fue lo que ayer (pecadora de mí) te puse en mi carta. No lo creas absolutamente, sino con su granito de sal. Hoy he visto, *con harto consuelo mío*, que las tienen muy ordenadas. Nadie mejor que tú sabe que el miedo, el temor, la cobardía y el apocamiento son unas verdaderas, pasiones. Si ellas son producidas sin motivo, serán villanas; mas muy bien ordenadas, si nacen en el corazón, con justicia. Es el caso en que nos hallamos. Nuestros enemigos, no sé por qué otra pasión bien ordenada, han llegado á comprender muchísimas cosas, verbigracia, que eres tú el abogado de mí causa, y su procurador acérrimo y activo; que eres depositario de mis confianzas; que sabes hacer oficios dignos de un hombre que sólo piensa noblemente; que empleas tus arbitrios en obsequio mío; que no miras mis cosas con indiferencia por no estar sacrificado á las pasiones más desordenadas; que esperas el triunfo mío, sin que se deba á tus diligencias, tanto como al horror con que se intenta mi ignominia; que, no obstante tu modestia, has descubierto ya á cuantos te ha parecido conveniente el espíritu que ha movido esta gran máquina, y los resortes de que se sirve para mantenerla en acción. Creo que será por arte mágica ó del demonio, que saben todos estos ocultos secretos nuestros enemigos. Pero si esto me asombra, yo me admiro más sabiendo que ellos no ignoran ya que eres constante en tus empeños; que no dejarás de hacer cuanto puedas en el arbitrio, para vindicarme de la infame nota con que quieren tiznarme; que todo lo tenías previsto, y que como un ángel lo prevee todo tu tal cual advertencia; que protestas que les has de enseñar moderación y buena fe, á todos los que componen la cábala unida contra mí; que con todo eso, tienes un genio pacífico de que debe gloriarse todo buen ciudadano, para no ser peste de la sociedad; que adviertes por medio mío á mis paisanos, que no es bajeza de ánimo, sino generosidad del brío, advertir al enemigo los golpes que se le preparan, para no herirle desprevenido; finalmente, que avisas y reconvienes que si alguno de ellos quisiere ofenderme, tenga entendido que él se habrá buscado por su mano los golpes que le has de dar. ¡Ay, mi Juan Pérez! Estos diablos son brujos, pues todo lo han llegado á saber. Pero en buena hora. Les ha tenido cuenta su brujería, su arte mágica, su nigromancia y sus diablerías. Porque, ¿qué fuera de ellos si no lo supiesen? Los frutos de esta ciencia han sido sus pasiones ordenadísimas. El temor, el susto, la sorpresa, el abatimiento, los desmayos, el temblor y aun el llanto de penitencia. Asombrados de miedo, no saben ni lo que hacen ni lo que dicen. Cuatro conozco de éstos que, despavoridos, y como fuera de sí, viéndose juntos, sin son ni ton profirieron lo primero que se les vino á la boca y el pensamiento. El primero, luego que penetró lo que tú valías, y como le amenazabas, dijo así:

Deidad peregrina, ayer
ciego al miraros quedé
dichoso yo que cegué,
cuando no hubo más que ver.

Ya comprenderás, mi Juan Pérez, la turbación de este pobre; pues que no viniendo al caso de su sorpresa la copla vieja, la produjo redondilla. Pero el desatino de éste, sabe que he de convertir yo en tu elogio. Hallo, pues, que dijo

muy bien, que tú eres una deidad peregrina y rara de literatura; una deidad literata de ayer, de hoy y de siempre, como conviene á las deidades; y una deidad que ha de tronar, hender y matar con sus rayos á estos pobres miserables. Ah! quién no teme las iras de Jove? Ahora dijo también óptimamente que quedó ciego; porque las luces de tu sabiduría, de tu pluma pungente, de tu parola radiante, han de volver ciegos á esas aves nocturnas de todos mis paisanos. Felices éstos si quedaron ciegos en la copia de tanto resplandor de tu brío, de tu nobleza de sangre y pensamientos, de tus talentos, y, en fin, de mi Juan *Papeles*. Díme, pues, visto tu mérito ilustre, tus agencias, tus preocupaciones, tu abogacía, tus entradas y salidas, tus conexiones, tus amistades, y, en fin, tu parlería brillante, desahogada, satisfecha, y que tiraniza el espíritu de toda conversación; habrá por ventura más que ver? Oye ahora lo que, turbadísimo, profirió el segundo, aun en medio de que parece más sosegado:

Si con el querer te ofendo,
pasiones vamos trocando;
verás que padezco amando,
más que vos aborreciendo.

Yo no sé á qué propósito repitió este infeliz aquella añeja redondilla. Pero ¿á qué lo pregunto ó reflexiono, cuando él estuvo sorprendido del temor? Lo que siento es no poder aprovecharme de ella en tu loor, con un comentillo natural. Si se ha de sacar algún jugo, exprímelo tú, en la prensa de tu noble pensamiento. Lo único que digo es que el miserable se acordó de tus pasiones bien ordenadas, aun en medio del sustazo que le había cobijado. Vamos luego á acordarnos de lo que dijo el tercero. Este desdichado estuvo más perdido que todos y dijo así:

Loco pensamiento mío,
abate, abate tu vuelo;
que el querer volar muy alto
es de locos pensamientos.

Admirando estoy lo que querría decir este bribón. El no sólo estaba temeroso, sino también enamorado. Extendiera la curiosidad de mi sexo á penetrar la inteligencia de este verso, sí no supiera claramente que, de miedo de tu brío, prorrumpió en una locura. En lo que juzgo que acertó algo, creo que es en poner dos veces la palabra *abate*; porque es cierto que para mí lo eres tú; y yo, acá, á mis solas, te he de llamar mi abate Juan, mi abate Pérez. Lástima fue que el echador de coplas, no echase otro *abate*, para aplicártelo yo y decirte mí *abate Papeles*. Si él no lo hizo así, lo hago yo ahora, y aun adelanto que entonces viene bien eso de *vuelo*, y eso de *volar muy alto*; porque ya habrás visto que los papeles en cometas suelen elevarse hasta las nubes, cuando los chiquillos los echan á volar, desde el alto que llaman *Rosa Pamba*. Por lo que mira á las expresiones *loco pensamiento mío*, y *es de locos pensamientos*, ya se ve que no se pueden aplicar á uno que hace oficios dignos de un hombre, que solo piensa noblemente diciendo á tu pensamiento esta otra:

Literato pensamiento,
no te quedes en el suelo;
eleva, eleva tu vuelo
con más noble atrevimiento.

Pero, con esta digresioncita, no pienso olvidarme del cuarto turbadizo. Este dijo, pues, una tontera; pero me parece que pinta de algún modo tú, guapeza en lo que vas á ver:

Sacó el acero Demofonte, y luego
 hirió feroz al sucesor de Oronte,
 que vacilante al golpe, al dolor ciego,
 pensó caerle sobre el yelmo un monte.

La cimera entre víboras de fuego,
 susto abrasado fue de su horizonte;
 pues hizo al fin, rodando por las ramas,
 lo que era verde mar, bosque de llamas.

Esta octava, al fin dicha á la aventura, ó en el rapto del espanto, te hace honor, sea que descubra tu noble brío, sea que dibuje tu generosidad; sea que pinte la alegría de tu estilo epistolar, de tus cuchilladas literarias y de tus arbitrios judiciales. Pregunto ahora, ¿Este tan gigante susto, tan descomunal terror que has causado á estos mis enemigos, no son sus pasiones las más desordenadas? Ello yo veo, que se te deben rendir, sujetar y temer altamente. Yo veo que lo has conseguido con mucha ventaja y gloria tuya. Veo ya, y tengo entendido que será más «glorioso el triunfo mientras más faltos de protección sigamos un juicio en que protestas que les has de enseñar moderación y buena fe, á todos los que componen la *cágala* unida contra mí». Al acabar de escribir estas ultimas palabras, acaba también de entrar el amable calavera, y como él es tan curioso, preguntón, vedor, mirón, tocador y tirador de cosas á manera de fraile, me cogió la carta, y la leyó de cabo á rabo. Quedó admirado de las pasiones bien ordenadas, sustos y temores de nuestros conspirados, en que tu les habías metido, enseñándoles moderación y buena fe, con tus *papeles*. Dió gracias al cielo, fregó las manos, dió un grito de alegría y besó tu bendita carta, que había obrado estos prodigios. No había sabido estas conversaciones de ellos, hasta ahora, en medio de que todo lo sabe, lo adivina, lo sospecha y acierta, porque es uno de los de nuestra amable compañía de los literatos; pero cuando acabó de leer esta mi respuesta, me dijo así: sólo mi *Literato* puede escribir de este modo y componer tantos tuertos; pero al caso: amable Madamita, tiene razón nuestro amable Juan en decirle que Vuesa Merced tiene mucho entendimiento. En efecto, lo tiene Vuesa Merced para dar y prestar. El amable Vargas es testigo ocular de su mucho entendimiento, y esto basta para su aplauso, aun cuando no se lo celebrase el amable Pérez; pero Madamita amable, yo que no soy tan discreto como los dos, aunque soy su verdaderísimo amigo, su inviolable y fidelísimo Josef Miguel, he advertido un error de su discreta pluma. Asustada yo, y temiendo haber incurrido en alguno que no habría previsto mi tal cual advertencia, ó que hiciese deshonor a una hija de Don Josef Monteverde, el discreto, me olvidé llamarle *amable* que es título nuestro, y le dije rápidamente: cuál es, Señor Doctor? cuál es, Señor Doctor? Entonces me descubrió que él era, haber yo escrito la palabra *cágala*, y, añadió así: amable Madamita, vea Vuesa Merced la carta original del amable Juan; léala bien, con los dos hermosísimos luceros de sus ojos, esos *luceros* amables, por los que me muero y pierdo. Qué dice? Me mostraba la carta apuntándome, el renglón, y me preguntaba qué dice? Corrida y avergonzada respondí leyendo: dice *cágala*; y continué, volviendo por el honor, de esta manera: Amable mío, juzgué que los picarotes de nuestros enemigos, faltos de moderación y buena fe, por despreciar altamente mi persona, componían contra mí

algunas coplas en las que se decían unos á otros, por burlarme: *Cágala, Cágala, Cágala*: Que de esto era sabedor el sabidísimo *Abate Papeles*, y como quería en su carta enseñarles moderación, buena fe, había convertido por moderación y buena fe, la G griega en B cuadrada y decía Cábala, en vez de *Cágala*. Lisonjeada de la moderación y buena fe de mí Abate, y estimando su gran cordura, bello discernimiento y honor, admiraba mucho más el que en medio de una palabra de poca moderación y mala fe donde venía la G, tan mable para mí. Cábala replicó entonces nuestro Dr. Cabrera, es cosa distinta de lo que se ha imaginado. En otra ocasión se lo explicaré á Vuesa Merced, Madamita. Ahora, conténtese Vuesa Merced con enmendar la G y hacerla B. Entro en ello, respondí yo, de muy buena voluntad, y más si he errado, no hay sino corregir. Pero á la verdad, Señor Don Josef, proseguí, que quizá este es el único error que he cometido. En lo demás, si, ha reparado, su crítica discreción, yo soy muy culta, y no he dejado de entender las expresiones galanas y sonoras de mi cultísimo Abate. Este sabe, muy bien, á quien escribe sus cartas. No es á humo de paja, y juzga que no pierde su trabajo cuando me las dirige tan cultas. Por ellas debía yo conocer mi mérito, aun cuando, él no me dijese, con 1a seriedad que acostumbra: Vuesa Merced tiene mucho entendimiento, Señora, así mi inteligencia, tampoco es de las vulgares, y, sé pluscuamperfectamente lo que quieren decir las siguientes, palabras: «Arbitrios, recomendaciones de mi sexo, atenciones y oficios, conspiraciones formadas, piedad de los jueces, religión de los magistrados, el espíritu que ha movido esta gran máquina, los resortes de que se sirven para mantenerla en acción». Supongo que en esta última cláusula padecí también mi equivocación; confíesalo en descargo de mi conciencia, y pensé que decía así: Esta gran máquina (sin embargo de mi modestia) tiene recioes que sirven á mantenerla en acción. Satisface, pues cuanto pude, á nuestro amable Cabrera. La conversación fue larga, hasta las nueve de la noche. Pero volviendo á la mía, propia de esta carta, digo que con harto consuelo mío, veo que se ha cercenado la borrasca, esto es las pasiones de nuestros contrarios son muy *ordenadas* hasta la misa. Muertos ellos de miedo por su propia flaqueza, yo he añadido á su mal estado mayor aflicción, reconviéndoles sobre las más coplas que te habían hecho, amenazándoles que te daría parte de ellas, para que más los mates; y diciéndoles otras muchas cosas de, espíritu: á vista de mi enojo me han satisfecho, enviándome á decir, que no habían sido contra tí las coplas, sino que las habían hecho contra un guaparrando, mercachiflillo ó corredor que, habiendo sido en Popayán arroyo, quería ser mar en Quito, Cuidado, mi Abate, no vayas á leer mal y peques contra estos pobres; no digo Marquitos. Para explicarme, dicen ellos, que fueron contra un alma de lodo que quiere ser gente hoy día; y para mejor satisfacerme, me remitieron el siguiente romance, que contra él mismo habían hecho, y el que te incluyo con el deseo de complacerte, de servirte y ser de todos los días, Tu fina.

Sabandijuela, qué culta,
 qué doctito el Vicharraco
 el insectillo, qué ameno,
 qué ruidoso el buen tábano.

Qué sabia la cigarruela,
 qué discreto el musarapo,
 qué estudioso el ratonzuelo,
 y qué hombrón el gran gusano.

Amenaza, pica y mata
 con su diente literato;
 y así mata, porque dice
 que el miedo no sabe el Sabio.

Reta al mundo satisfecho
 en su grande colmillazo,
 y golpes ofrece, siendo
 que el Vicho no tiene manos.

A este tiempo, quien lo dice,
 el mismo se hace un reparo
 del monstruoso pensamiento
 del Vicho con colmillazo.

Pero luego satisface
 diciendo que él ha pintado
 un monstruo donde no puede
 guardarse orden, por lo vario.

Con su susurro perenne,
 y á lo moscardón errando,
 también perenne en su giro
 en el estrado y estrados.

Chupa la sangre al dormido,
 y se la chupa halagando,
 cual murciélago que diestro
 hinca el diente con agrado.

El dormido al despertar
 más que el dolor, lo manchado
 del honor es lo que siente,
 por el pico de Don Marcos.

Este no teme ni debe,
 y ha dado en mostrarse guapo,
 con desvergüenza bomina
 con Velasquillo descaro.

El parece tan valiente;
 más que por noble por *majo*,
 por *terreno* y no por docto,
 más que por sabio, por calvo.

La cábala vicharresca
 hace deste vicho caso,
 y respeta en dicho monstruo
 su pluma y pico de ganzo.

El diablo del romancero,
más monstruoso da el retrato
del dicho Marquitos, donde,
agrega: este es vicharaco.

Conózcale todo el mundo
por el letrero que abajo
del cuadro puso el pintor:
el que ves, es Vicharaco.

Carta Octava

Sobre mi inocencia oprimida.

Riobamba y Marzo veintisiete de mil setecientos ochenta y siete. Dilectísimo Petrimetre: Con sangre en vez de tinta debía escribirte el asunto de esta carta. Cada vez que vuelvo los ojos á los felices días de mi infancia, á los cultos instantes de mí pubertad, á los años floridos de mi juventud, compadezco mi suerte, y la lloro con despecho. Nací hermosa, me creí discreta, viví entendida, y admiré en la inocencia. No la he perdido, la mantengo, y ella me asiste con constancia. La gracia bautismal me rodea por todas partes, sus aguas de salud todavía, me tienen mojada la cabeza. La sal que me introdujeron en la lengua, aun se mantiene en la sabiduría de mis labios; y el crisma santo no ha padecido la menor alteración en mí. Con toda esta mi santidad, ¿yo vivo oprimida, y mi inocencia padece los inventos de mis molestos adversarios? Estoy por adivinar la causa que los incita á este furor, y no hallo otra, sino la que Dios quiere dar realce y méritos á mi virtud, poniéndola á la prueba de las contradicciones, y en el crisol del padecer! Alabada sea su Providencia! Bendita para siempre su misericordia! Quizá mi bondad padecería sus quiebras, en el curso de una virtud aplaudida; quizá la vana gloria sería entonces el cruel ladrón que robase el tesoro de mis virtudes y de mí mérito. Bien haya la vida inocente, que es oprimida: ella se asegura sus triunfos, ella vive en la paz, de su Dios consolador. Bástame aun, no haber dado motivo á los susurros públicos, á las murmuraciones del vulgo, á la maligna observación del pueblo. He vivido sin dar escándalo, y antes he edificado á mi Patria con mi inocencia. Nada basta; ella está oprimida, y los que la oprimen convierten en vicios mis virtudes! Oh gente ésta tan de mal juicio, y tan malvada! El amor al prójimo, me lo quieren hacer pecado. Dónde vivimos muy dilecto? Unos paseos de caridad, una comunicación de llaneza, un trato de amable sociedad, un gusto depurado de la amena conversación, y el uso honesto, pero dulce de una mesa, y un mismo lecho: cata allí lo que me imputan á mal. Estos herejes, bien se ve, que no saben lo que es virtud; y por eso son tan ríjidos, y la pintan áspera, desapacible y cruel. Con razón hay tan pocos que la sigan. En medio de esto confieso, que aun que es grande la que tengo, es mayor la de mi Vargas. La consecuencia se infiere de que si por la mía ha sido mi inocencia, medianamente oprimida, la de mi Vargas lo ha sido más; ó para, hablar como se debe, en grado heroico. Debe de ser él mucho más inocente que yo, y por eso padece más. Antes si, yo nada padezco, y él todo lo padece. Los celos, los temores, y otras cosas más domésticas y de virtud, ¡Oh inocencia perseguida! ¡Feliz el que vive distante de los ojos que la emponzoñan! Con todo eso, no son todas las inocencias, ni todos los inocentes oprimidos. Ve allí la *inocencia* de nuestro amable Cabrera sin atribulación alguna, y por decirlo así, en el seno de la paz. Ve allí al mismo Cabrera; ninguno más *inocente* que él, y nadie se acuerda para perseguirle. Ah! No es fortuna para todos. No sé ahora si sucediese lo mismo, si *Lucero* iluminase aquella inocencia, como vida mata los alegres ratos de la mía. Oh! qué diversa suerte corremos las dos Manuelas! Yo por las recomendaciones de mi sexo, de mi alto nacimiento, de mi discreción y de mí hermosura, soy desgraciada. Ay! pero á Dios tenemos las buenas é inocentes! Además de eso, mi inocencia es amparada por tí, mi amable Porote. *Excita con élla la piedad de los jueces, evita que se sorprenda la Religión de los Magistrados; obten un más glorioso triunfo, y enseña moderación y buena fe á todos los que componen la cábala unida contra mí.* Sobre todo te pido, para que luzca mejor mi inocencia, recabes el que me dejen aquí en Riobamba, y mucho más, el que manden los jueces que Vargas no se aparte ni un momento de esta villa. Entonces por más que grite la cábala, ya me dijo Cabrera lo que ella era, se

verá cual es mi *inocencia oprimida* á todas luces. En este caso daré pruebas constantes de que Vargas no es bueno, ni para mi cocinero, en calidad de amasio; pero que es óptimo para todo en virtud de cortejo; pues que según el gusto moderno de las amables modas, no puede carecer de él una Señora como yo, del mayor esplendor, una Niña sin apoyo, y que merece sin duda un trato muy diverso del de las antiguas riobambeñas. Las cosas están en su lugar; pero no equivoquemos los nombres y los oficios. Cortejo puede ser Vargas decentemente; y lo es mío, sin pecado venial; pero eso de Amasio no le sería en la palabra, por vida mía. Basta que nuestro amable Darquea no quisiese ser alcalde ordinario de esta villa, por sólo que lo había sido Vargas, reparando en que no tenía la cara prieta, como éste, para su sucesor. Cepeda, en esto parece que no tuvo mucha razón; pero ellos se juntan, se aman y se defienden: el Diablo que los entienda. Viniendo á mi inocencia, digo que tampoco entiendo, como ella está oprimida. Yo vivo en mi casa, como en ella, y en ella duermo con toda libertad, extendiendo bien el cuerpo, como si fuese soltero. No dejo de reír algunos momentos, y otros tomo el caballo rocillo, y marchó alegre para Guano. Temo, de cuando en cuando, que me lleven á un monasterio, y temo otras iguales adversidades mientras que no pienso en tí. Luego que vienes tú á mi consideración, y luego que me acuerdo que tu dices; que *si alguna de mis opresores quisiere ofenderme, tenga entendido que el se habrá buscado, por su mano, los golpes que le has de dar*, me lleno de seriedad, y tranquila paso del temor á la amable seguridad. Básteme, pues, tener en mi favor ese tu brazo fuerte, constante y poderoso para que mi inocencia no se llamara oprimida. ¿Hay algún vasallo, que debajo la inmediata protección de su Rey se halle oprimido? Y habrá Manuelita Monteverde con toda su inocencia oprimida, cuando hay en el mundo *Marcos Papeles*? Y cuando tu protestas que les has de enseñar moderación y buena fe á todos los que componen la cábala unida contra mí? Vaya, pues, qué por este principio, ya no está mi inocencia oprimida. Sí acaso se llama así, porque mi marido me ha dejado, esto más parece vivir libre y sin opresión. Mucho tiempo hace que vivo así, y que se separó *mi vida*, no pudiendo sufrir pacientemente mi *inocencia*. Sí ésta se dice oprimida, por lo que habla el vulgo, y hecha á mal las buenas acciones, ya no me da de esto mucho cuidado. La fama mala no es una opresión, antes sí es un principio seguro de amable libertad. La buena reputación sí, que es una tortura del gusto, y la cadena en cuyos eslabones gime la sociedad. De allí han venido tantos atroces delitos ocultos, y él mayor de ellos la hipocresía. Rota esta cadena, ¡ay qué dulce goce dé albedrío! Así, mi dilectísimo Perote, deja, deja que Ciro triunfe en lograr la sentencia de divorcio. Será mi beneficio, que él la consiga, si tú al mismo tiempo obtienes que yo quede con libertad. En lo demás, no te mates por tu vida. Acá ya van entrando mis paisanos en la ciencia de conocer cuál se llama la inocencia oprimida, y hallan que no es rara en la provincia esta inocencia. Todo está en no dar á las cosas los significados modernos. Nosotros que los comprendemos, hablamos de otra manera, y con propiedad, que es lo mismo que decir caritativamente. Los demás ignoran este idioma literato, como lo vas á ver por el siguiente suceso. El clérigo Rolando dio las mejores muestras de su gran juicio, el año pasado, en días semejantes á éstos. Reía sobre los desconciertos de los hombres, y otras veces los lloraba noche y día; llegó á aborrecer á su madre con justicia; rompió papeles públicos en el cabildo; no dormía y gritaba toda la noche; no comía del todo, ó engullía de más á más, y hacía otras acciones, que los demás hombres no hacen. Pero admira la picardía de estos crueles riobambeños que viendo estas operaciones del mejor juicio, dieron en levantarle al pobre Doctor Rolando el testimonio de que se había vuelto loco. Ya no había otra voz, ya no corría otra fama, en los corrillos, en las tertulias, en la lengua de la nobleza, y el

pueblo: loco, loco, loco es Rolando. Pero Dios que vela en la conservación de la buena fama de todo mortal, aunque sea prodigo de ella, y la bote ventana abajo, suscitó tres excelentes protectores de la del clérigo Rolando, que fueron: Cepeda, Vallejo y Vargas. Lugar como éste, decían ellos, no se ha de ver tan falto de caridad. Qué insolencia, clamaba Cepeda, llamar locura los perpetuos gritos de Rolando! Esto no es más que ensayar la voz, para ejercer el oficio de predicador. Qué picardía, continuaba Cabrera, juzgar que la multitud de especies disparatadas, que profiere Rolando, manifiesta el desconcierto de su razón, cuando eso no es más que poner en acción la memoria y apurarla, para que en los casos urgentes, socorra con oportunidad y con presteza. Así la ejercito yo, y esto me vale en las tertulias. Hay tal tontera, añadía Vargas, hacer loco á Rolando porque corre para las calles? De esa manera, nadie más loco que yo, que he corrido tanto mundo, y he sido liebre corrida. Como Riobamba es tan frío, Rolando sale corriendo por las calles á calentar los pies. No he visto hombre más juicioso, replicaba Cepeda. No he tratado sacerdote más cuerdo, reponía Cabrera. No he experimentado juicio más honrado, razón más ordenada, ni inocencia más oprimida, decía mil veces mi Vargas; y todos juntos trataban de que el Doctor Rolando volviese por su crédito, y ocurriese á tu amparo, á tus arbitrios, y á tu jurisprudencia, mí dilectísimo Perote; mucho más cuando á este loco le habían hecho esas coplas que te incluyo, y en las que te ofrece, mi inocencia oprimida la esperanza de ser algún día, de una vez con toda el alma, Tu Maliciosa.

